

### XXIII

#### Vuelta á la vida

Mientras Rousseau creía haber tranquilizado completamente á su enfermo, y Teresa contaba á todas sus vecinas que, merced á las recetas del facultativo señor de Jussieu, Gilberto estaba fuera de peligro; durante ese período de confianza general, el joven se precipitaba en otro peligro mayor que todos los que había arrostrado por su obstinación y sus incesantes desvaríos.

Rousseau no podía tener tanta confianza que no abrigase en el alma alguna sospecha fundada en un raciocinio filosófico.

Conociendo que Gilberto estaba enamorado y habiéndole ya sorprendido en fragante delito de rebelión á los mandatos medicinales, juzgó desde luego que volvería á reincidir en las mismas faltas si se le dejaba enteramente á su libertad.

En consecuencia, y como buen padre de familia, había cerrado cuidadosamente el candado de la bohardilla, permitiéndole, aunque sin decírselo, asomarse al ventanillo, pero sin dejarle el menor recurso para que pudiese pasar de la puerta.

Imposible nos es pintar la rabia y los proyectos que inspiró á Gilberto aquella tierna solicitud que convertía su bohardilla en cárcel.

Para ciertas naturalezas la contradicción es fecundísima en recursos.

Gilberto desde entonces no pensó más que en Andrea, en la felicidad de verla y de vigilar, aun cuando fuese desde lejos, los progresos de su convalecencia.

Pero Andrea no se asomaba á las ventanas del pabellón. Unicamente Nicole entraba en él para llevar á la enferma sus tisanas, mientras el señor de Taverney se paseaba por el jardín tomando tabaco con todas sus fuerzas como para despertar en su mente pasados recuerdos: he ahí todo lo que Gilberto veía cuando examinaba con ardor la profundidad de los aposentos y la espesura de las paredes.

Y con todo, tranquilizábanle algún tanto aquellas dos personas, porque su presencia le indicaba una enfermedad, mas no una muerte.

— Ahí, se decía el infeliz, detrás de esa puerta ó detrás de esa mampara alienta, suspira y padece la que yo adoro hasta la idolatría, la que con su sola presencia hace correr el sudor por mi frente y temblar todos mis miembros, la que sujeta mi existencia á su existencia y por la que yo respiro, porque ella respira por los dos cuando yo no puedo respirar.

Inclinado entonces fuera del ventanillo, en una postura que hubiera hecho creer á la curiosa Chon que iba á caer veinte veces en una hora, tomaba el joven con su vista perspicaz medida á los tabiques, á los pisos y á todas las partes del pabellón, construyendo en su cabeza un plan exacto de las piezas que lo componían. Allí debía dormir el señor de Taverney; al otro lado debían estar la despensa, la cocina y el cuarto de Felipe, y contiguos á él el aposento de Nicole y el gabinete de Andrea, aquel santuario á cuya puerta quisiera él pasar un cuarto de hora de rodillas, aunque le costase la vida.

Dicho santuario, con arreglo á las ideas de Gilberto,

era una gran pieza correspondiente al piso bajo, precedida de una antesala con puerta vidriera, en la cual se hallaba la cama de Nicole, si hemos de atenernos á los cálculos de nuestro enamorado enfermo

— ¡Oh! exclamaba aquel loco en sus accesos de furor, ¡ dichosos los seres que pisan ese jardín que se divisa desde mi ventanillo y desde los de la escalera! ¡ dichosos los indiferentes que destrozan con sus plantas esos hermosos cuadros de flores, porque durante la noche pueden oír los suspiros y los quejidos de la señorita Andrea!

Del dicho al hecho hay gran trecho; pero todo lo allanan las imaginaciones privilegiadas, pues siempre encuentran un medio que se oculta obstinadamente á todas las demás, ven la realidad en medio de los mayores imposibles, echan puentes sobre los ríos, y escalan las montañas.

Gilberto no hizo al principio más que desear con todo ahinco la ejecución de un plan que todavía no había formado; pero poco después reflexionó que aquellos hombres afortunados, á quienes tanto envidiaba, eran simples mortales dotados como él de piernas para andar por el jardín y de brazos para abrir las puertas, imaginando al mismo tiempo la felicidad que debía experimentar al introducirse furtivamente en aquella casa vedada y al arrimar sus oídos á las persianas que daban paso al ruido del interior.

Gilberto no se contentaba ya con desear, y quería poner inmediatamente en ejecución sus planes.

Además iba recobrando las fuerzas con rapidez, porque la juventud es rica y abundante en recursos: de modo que al cabo de tres días y con ayuda de la fiebre Gilberto se sentía más vigoroso que nunca.

Desde luego conoció que habiéndole encerrado Rousseau se hallaba vencida una de las mayores difi-

cultades, la de entrar en casa de la señorita de Taverney por la puerta.

En efecto, la puerta daba á la calle Coq-Herón, y estando Gilberto encerrado en la calle Platriere no podía salir ni á ésta ni á aquella, y por consiguiente no tenía necesidad de pensar en puertas.

Quedábale, pues, las ventanas.

La de su bohardilla caía perpendicularmente al jardín, pero tenía cuarenta y ocho pies de elevación.

Solo un loco ó un borracho se hubiera atrevido á bajar por ella. ¡Oh! á pesar de eso, las puertas son una hermosa invención, decía para sí mordiéndose los puños. ¡Y el señor Rousseau, que es un filósofo, me las cierra!

— ¡Arrancar el candado es fácil! Sí, pero no hay medio de entrar en la casa hospitalaria.

Escaparse de Luciennes, escaparse de la calle Platriere, y haberse escapado de Taverney, escaparse de todas partes era ponerse en el caso de no atreverse á mirar en adelante á ninguna criatura cara á cara sin temer que le vituperasen su ingratitude ó su ligereza.

— ¡No, el señor Rousseau no sabrá nada!

Y de cuellillas sobre la ventanilla, Gilberto proseguía diciendo:

— Con mis piernas y manos, instrumentos naturales del hombre libre, me agarraré á las tejas, y siguiendo la canal, que aunque estrecha es recta, y por consiguiente el camino más corto desde un punto á otro, llegaré al ventanillo paralelo al mío. Aquese ventanillo es el que da á la escalera. Si no llego, si caigo al jardín, haré ruido, salen del pabellón, me recogen, me reconocen, y muero hermoso, noble, poético, me compadecen... ¡eso es soberbio!

Si llego, como todo me hace creer, si me deslizo

por el ventanillo de la escalera, bajo descalzo hasta el primer piso que tiene también una ventana al jardín, esto es, á quince pies del suelo... y salto.

— ¡ Ay ! me faltan las fuerzas y la ligereza. Verdad es que hay allí un espaldar para ayudarme; pero ese espaldar de rejillas carcomidas se romperá, me desplomaré, no ya muerto, noble y poético, sino lleno de yeso, desgarrado, avergonzado y con la apariencia de un ladrón de frutas; ¡ esto es odioso el pensarlo ! el señor de Taverney mandará al portero que me apalee ó á La Brie que me tire de las orejas.

¡ No ! tengo aquí veinte bramantes que unidos formarán una cuerda, según la definición de Rousseau : muchas pajas hacen un manojo.

Cojo á la señora Teresa todos los bramantes por una noche, los anudo, llevo á la venturosa ventana del primer piso, amarro la cuerda al balconcillo ó al piomo y me deslizo al jardín. Examinada la canal, extendidos los bramantes para medirlos, calculada la altura con la vista, Gilberto se sintió fuerte y resuelto.

Trenzó sus bramantes para hacer de ellos una cuerda ; probó sus fuerzas colgándose de una viga de la bohardilla, y satisfecho por no haber vomitado sangre sino una vez en medio de aquellos esfuerzos, se decidió á hacer su expedición nocturna.

Á fin de engañar mejor á Jacobo y Teresa, se fingió enfermo y estuvo en cama hasta las dos, hora en que, después de comer, solía salir Rousseau de paseo y no volvía hasta la noche.

Gilberto anunció unas grandes ganas de dormir hasta la mañana siguiente.

Rousseau respondió que, teniendo que cenar aquella noche fuera de casa, se alegraba de ver á Gilberto con

tan buenas disposiciones. Y se separaron bajo estas afirmaciones respectivas.

Así que salió Rousseau, Gilberto desunió de nuevo sus bramantes, y los trenzó de firme.

Tentó otra vez la canal y las rejas, y luego se puso á espíar el jardín hasta la noche.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXIV

### Viaje aéreo

Gilberto estaba preparado así para su desembarco en el jardín enemigo, así es como calificaba tácitamente la casa de Taverney; y desde su buharda exploraba el terreno con la profunda atención de un hábil estratégico que va á dar la batalla, cuando en aquella casa tan muda, tan impasible, pasó una escena que llamó la atención del filósofo.

Saltó una piedra por encima de la pared del jardín y fué á dar contra el ángulo de la pared de la casa.

Gilberto sabía ya que no hay efecto sin causa, habiendo visto el efecto.

Pero Gilberto, aunque inclinándose mucho hacia afuera, no pudo percibir la persona que desde la calle había lanzado la piedra.

Solamente comprendió al punto que aquella maniobra tenía relación con el suceso que acababa de ocurrir: vió también abrirse con precaución una de las contraventanas de una pieza del piso bajo, y por entre la abertura de aquella ventana asomó Nicole la cabeza.

A la vista de Nicole, Gilberto se zambulló en su bohardilla, pero sin perder un instante de vista á la alerta doncella.

Esta, después de haber explorado con la vista todas las ventanas, y particularmente las de la casa, salió de su semi-escondite y corrió al jardín como tratando

de acercarse al espaldar en que estaban secándose al sol algunos encajes.

El camino de aquel espaldar era el que había recorrido la piedra que Gilberto no perdía más de vista que Nicole. Gilberto vió botar de una patada la piedra que en aquel momento tan grande importancia adquiriría, vió darle otra patada, y en fin continuar aquella operación hasta que estuvo á orillas de la faja de la cornisa bajo el espaldar.

Allí, Nicole levantó las manos para desatar sus encajes, dejó caer uno que recogió con mucha cachaza, y al levantarlo, recogió la piedra.

Gilberto no adivinaba aun nada; pero viendo á Nicole limpiar aquella piedra como hace un goloso con una nuez, y sacarle una corteza de papel que tenía, comprendió el grado de importancia real que merecía el aerolito.

En efecto, era nada menos que un billete que Nicole acababa de hallar enrollado al rededor de la piedra.

La astuta mujer lo desplegó presto, lo devoró, lo metió en su bolsillo, y con eso no tuvo ya necesidad de mirar más sus encajes; pues estaban secos.

Entretanto, Gilberto meneaba la cabeza, diciendo para sí con ese ciego egoísmo de los hombres que desprecian á las mujeres, que Nicole era realmente una mujer corrompida, y que él había dado pruebas de moralidad y de sana política rompiendo tan brusca y resueltamente con una muchacha que recibía billetes por encima de las paredes.

Raciocinando de ese modo, Gilberto, que tan hermoso raciocinio acababa de hacer sobre las causas y los efectos, condenaba un efecto de que tal vez era él la causa.

Nicole volvió á entrar, luego salió, llevando entonces la mano en el bolsillo.

Sacó de ella una llave que Gilberto vió brillar un instante entre sus dedos como un relámpago, luego al punto Nicole deslizó aquella llave por debajo de la puertecita del jardín situada al otro extremo de la cerca de la calle paralelamente á la puerta principal.

— ¡ Bueno ! dijo Gilberto, ya caigo : un billete y una cita. Nicole no pierde el tiempo ; ¿ parece que tiene un nuevo amante ?

Y Gilberto frunció el entrecejo viéndose chasqueado como un hombre que ha creído que su pérdida debía causar un vacío irreparable en el corazón de la mujer á quien abandonaba, y que con gran asombro suyo ve ese vacío perfectamente lleno.

— He ahí una cosa que podría muy bien contrariar mis proyectos, dijo Gilberto buscando una causa ficticia á su mal humor. No importa, continuó diciendo después de otro momento de silencio, no me disgusta conocer al dichoso mortal que me sucede en el afecto de la señorita Nicole.

Pero Gilberto, sobre ciertos puntos, tenía un modo de discurrir muy exacto ; calculó al punto que el descubrimiento que acababa de hacer, y que ignoraban que hubiese sido hecho, le daba sobre Nicole una ventaja de que podría sacar partido á su tiempo, puesto que conocía el secreto de Nicole con los detalles que ésta no podía negar, mientras que ella sospechaba apenas el suyo, y que ningún detalle concurría á dar cuerpo á sus sospechas.

Por consiguiente Gilberto se propuso aprovechar aquella ventaja para cuando llegase la ocasión.

Durante todas aquellas idas y venidas, llegó por fin la noche con tanta impaciencia esperada.

Gilberto sólo temía una cosa, la entrada imprevista de Rousseau sorprendiéndole sobre el tejado ó en la escalera, ó aun de Rousseau hallando el cuarto vacío.

En este último caso, debía ser terrible la cólera del ginebrino ; Gilberto creyó parar el golpe con el auxilio de un billete que dejó encima de su mesita, con el sobre para el filósofo.

El billete estaba concebido en estos términos :

« Mi querido é ilustre protector : no forméis mala opinión de mí, si á pesar de vuestras recomendaciones, y aun de vuestras órdenes, me he tomado la libertad de salir. No puedo tardar en volver, á no ser que me suceda algún accidente como el que me ha sucedido ya ; pero á riesgo de un accidente semejante y aun peor, necesito dejar mi cuarto por dos horas. »

— Ignoro lo que he de decir á la vuelta, pensaba Gilberto, pero á lo menos, el señor Rousseau no estará inquieto, ni se enfadará.

Cayó la noche. Reinaba un calor que ahogaba, como sucede durante los primeros calores de la primavera ; el cielo estaba nebuloso, y á las ocho y media la vista más ejercitada no habría distinguido nada en el fondo de la negra sima que interrogaban los ojos de Gilberto.

Sólo entonces advirtió Gilberto que respiraba con dificultad, que su frente y pecho se inundaban de súbitos sudores, signo seguro de debilidad y de atonía. La prudencia le aconsejaba que no se aventurase en una expedición en que eran necesarias toda la fuerza, toda la seguridad de los órganos, no sólo para el buen éxito de la empresa, sino también para la seguridad del individuo ; pero Gilberto no escuchó nada de lo que le aconsejaba el instinto físico.

La voluntad moral había hablado más alto, y, como siempre, ella fué la que el joven siguió.

El momento había llegado : Gilberto enrolló á su cuello la cuerda dándole doce vueltas, comenzó á escalar la buharda, palpítandole fuertemente el corazón, y agarrándose bien al dintel de aquella misma buharda,

dió un primer paso por la canal hacia la buharda de la derecha, que, como hemos dicho, era la del escolar y se hallaba separada de la otra por un espacio de dos toesas.

Así, con los pies en un conducto de plomo de ocho pulgadas de ancho á lo sumo, el cual, aunque sostenido de trecho en trecho por grapones de hierro, cedía bajo los pasos á causa de la blandura del plomo; las manos apoyadas sobre las tejas, á las que sólo se podía pedir un punto de apoyo para el equilibrio, pero no un sostén en caso de caída, porque los dedos no tenían donde agarrar; tal fué la posición de Gilberto durante su travesía aérea que duró dos minutos, es decir dos eternidades.

Pero Gilberto no quería tener miedo, y era tal la fuerza de voluntad de este joven, que no lo tuvo. Acordábase de haber oído decir á un equilibrista que para marchar con facilidad por los caminos estrechos, era necesario no mirar á sus pies, sino á una distancia de diez pasos, y no pensar nunca en el abismo sino como el águila, es decir, con la convicción de que uno ha nacido para cernerse sobre él. Por lo demás, Gilberto había puesto ya en práctica esos preceptos en muchas visitas hechas á Nicole, á aquella misma Nicole tan atrevida entonces que se servía de llaves y de puertas en vez de tejados y chimeneas.

Había pasado del mismo modo por encima de las eselusas de los molinos de Taverny y las vigas de los techos descubiertos de un viejo cobertizo.

Llegó, pues, al fin, sin el menor temblor, y, una vez llegado allí, se deslizó muy orgulloso por su escalera.

Pero al llegar á la meseta, se quedó parado. Algunas voces resonaron en los pisos inferiores; eran las de Teresa y ciertas vecinas que hablaban del talento

del señor Rousseau, del mérito de sus obras y de la armonía de su música.

Aquellas vecinas habían leído la nueva *Heloísa*, y confesaban francamente que hallaban esa obra licenciosa. En respuesta á esa crítica, la señora Teresa les hacía observar que no comprendían la parte filosófica de la obra.

Á esto nada tenían que replicar las vecinas, sino el confesar su incompetencia en semejante materia.

Esta conversación trascendente tenía lugar desde un descanso de la escalera á otro, y el fuego de la discusión era menos ardiente que el de los hornillos en que estaba cociendo la cena odorífica de aquellas damas.

Gilberto oía, pues, la argumentación y el hervor de los pucheros.

Su nombre, pronunciado en medio de aquel tumulto, le causó un temblor desagradable.

— Después de cenar, decía Teresa, iré á ver si ese querido chico no carece de nada en su bohardilla.

Ese querido chico le causó menos placer, que miedo la promesa de la visita. Felizmente, reflexionó que Teresa, cuando cenaba sola, hablaba largamente con su *diva* botella; que el asado parecía apetitoso, que el después de cenar significaba... á las diez, y no eran las nueve menos cuarto. Además, después de cenar, según todas las probabilidades, habría cambiado el curso de las ideas de Teresa, y pensaría ésta en cualquier otra cosa menos en su *querido chico*.

Entretanto, el tiempo se perdía, con gran desesperación de Gilberto, cuando de repente se quemó uno de los asados... y resonó un grito de cocinera alarmada, grito de espanto que cortó toda conversación.

Cada uno se precipitó hacia el teatro del acontecimiento.

Gilberto se aprovechó de la preocupación culinaria

de aquellas mujeres para deslizarse como un silfo por la escalera.

En el primer piso halló el plomo dispuesto para recibir su cuerda, la fijó en él con un nudo corredizo, subió á la ventana y se puso á bajar listamente.

Estaba suspendido entre aquel plomo y la tierra, cuando un paso rápido resonó bajo de él en el jardín.

Tuvo tiempo para volverse, agarrándose á los nudos, y quiso mirar quién era el importuno que llegaba: era un hombre.

Como éste venía del lado de la puertecita, Gilberto no dudó un instante que era el dichoso mortal esperado por Nicole.

Por consiguiente concentró toda su atención en aquel otro intruso que acababa de detenerle en medio de su peligroso descenso. Por su andar, por un si es no es de perfil bosquejado bajo el tricornio, y por el modo particular de llevar el tricornio echado sobre una oreja que por su parte parecía muy atenta, creyó Gilberto reconocer al famoso Beausire, aquel exento con quien Nicole había hecho conocimiento en Taverney.

Casi al mismo tiempo vió á Nicole abrir la puerta de su pabellón, lanzarse al jardín dejando aquella puerta abierta, y rápida como una nevatilla, ligera como ella, dirigirse hacia el invernadero, es decir, hacia donde se encaminaba ya el señor Beausire.

Según todas las apariencias, no era la primera cita de aquella especie, porque ni uno ni otro manifestaron la menor perplejidad sobre el lugar en que debían reunirse.

— Ahora puedo terminar mi descenso, pensó Gilberto, porque si Nicole ha recibido á su amante á esta hora, es porque está segura de su tiempo. Por consiguiente Andrea está sola. ¡ Dios mío! sola...

En efecto, no se oía ningún ruido, ni se veía más que una débil luz en el piso bajo.

Habiendo llegado al suelo sin accidente alguno Gilberto no quiso atravesar diagonalmente el jardín; siguió al lado de la cerca, llegó á un grupo de árboles, lo atravesó agachándose y llegó sin haber podido ser visto á la puerta dejada abierta por Nicole.

Desde allí, oculto por una inmensa aristoloquia que se encaramaba hasta encima de la puerta festoneándola ampliamente, observó que la primera pieza, antesala bastante espaciosa, estaba perfectamente vacía como él lo había imaginado.

Aquella antesala daba entrada al interior por dos puertas, la una cerrada, abierta la otra, y Gilberto adivinó que la puerta abierta era la del cuarto de Nicole.

Penetró lentamente en aquel cuarto, extendiendo las manos adelante por miedo á algún tropiezo, porque aquel cuarto estaba privado de toda luz.

Sin embargo, al extremo de una especie de pasadizo se veía una puerta vidriera dibujar sobre la luz de la pieza contigua los travesaños que encajonaban aquellos vidrios; al otro lado de aquellos vidrios flotaba una cortina de muselina.

Adelantándose por el pasadizo, Gilberto oyó una débil voz en la pieza alumbrada.

Era la voz de Andrea; toda la sangre de Gilberto se le agolpó al corazón.

Á esa voz respondía otra; era la de Felipe.

Gilberto, en guardia, dió algunos pasos y se colocó detrás de esas medias columnas coronadas de un busto cualquiera, que en aquella época formaban el adorno de las puertas dobles.

Puesto así en seguridad, escuchó y miró, tan feliz que su corazón se deshacía en alegría; tan asustado que ese mismo corazón se oprimía hasta el grado de no ser más que un punto en su pecho.